

EN MI CASA NATAL

Amigos míos muy queridos:

La idea de traerme en este día a la casa en que nací, no podía ser, ni más comprensiva de mis anhelos ni más cordial en sus intenciones. Con razón me confirmo en la creencia de que las buenas ideas valen más que la acción y más que el sentimiento porque la idea genera la actividad y da vida a la emoción humana.

A quienes tuvieron la generosa iniciativa y llegaron a la feliz realización de enmarcar aquí este íntimo homenaje, quiero decirles que *ningún regalo espiritual podría serme tan grato como esta dádiva*, que pareceme celestial, de cobijarme bajo los mismos techos que ampararon el dolor de mi madre cuando escribió en su seno la primera página de la historia de mi vida.

Porque aquí en esta casa que ya no es mía, pero que sigue siendo mía en mi corazón a fuerza de quererla, me siento a mis anchas como transportado a un mundo de ensueños donde brotaron, como de un surtidor lírico, mis encendidas pasiones de hijo, de hombre, de patriota, de artista y de ciudadano del mundo.

Por eso comprenderéis, amigos míos, mi apego, mi identificación, mi religión fanática por esta mansión que alberga en sus rincones las voces imperiosas que me hicieron un amante heroico de la vida.

* * *

Amar esta casa es para mí un sentimiento imprescindible porque ella está en mí como yo estoy en ella.

La llevo en los fondos de mi memoria visual, de mi memoria auditiva, de mi memoria ideológica. Vive dentro de mi propio

ser: en mi retina están sus patios y sus corredores; sus aposentos y sus habitantes. En mis oídos resuenan, como ecos eslabonados, las voces familiares, los trinos que surgían de jaulas y pajareras y las disonancias alegres de atajos y caballerías, rebaños y pjaras. En mi mente están los recuerdos exactos de la vida que me rodeaba y de la que eran protagonistas principales mis padres y hermanos, parientes y contertulios.

Y así como esta casa vive en mí; mi alma, nacida bajo sus muros, dejó entre ellos sus prístinos balbuceos. Es decir, que mi ser viviente y el ser inerte de esta mansión quedaron fundidos en un querer eterno.

El amor —divino arquitecto— como decía Platón, edificó en mí un culto panteísta que radica en este inmueble que veo con místicas saudades. Ella me atrae como por obra de encantamientos y me seduce con sus milagrerías que sólo yo miro, que sólo yo escucho y entiendo.

* * *

Quienes amen las cosas —sus cosas— me comprenderán.

¿Pero quiénes no las aman?

A las cosas se las quiere muchas veces sin saberlo. No nos damos cuenta de ese amor nuestro hasta que perdemos el objeto amado, hasta que sentimos su separación y nos convencemos de que formaba parte de nuestra propia existencia.

Y es que nos acostumbramos a nuestras cosas porque las vemos todos los días formando parte de nuestro escenario. Y a tal punto nos llegan a ser imprescindibles que al contemplarlas experimentamos un sentimiento parecido al paternal, y al tocarlas parece como si las acariciáramos.

Todos vosotros sabéis que es verdad lo que os digo porque todos vosotros tenéis casa y cosas que formando vuestro patrimonio son parte integrante de vuestra propia historia.

Hay cosas que tenemos para deshacernos de ellas, y otras que guardamos como complementarias de nuestra persona o de nuestro albergue o de nuestra vida y que no concebimos donar, vender o abandonar: amuletos, muebles, libros. Y sobre todas esas cosas las obras de arte y las imágenes de nuestros santos tutelares que tienen para nuestro espíritu el doble interés de la adoración y la belleza.

¿Qué poder tienen las cosas que siendo mudas son elocuentes para nuestro corazón! Las cosas tienen la elocuencia del amor que nos inspiran, del que fincamos en ellas, del que les damos todos los días y que nos devuelven a todas horas hablándonos en nuestro propio idioma, el grato y lejano de nuestra infancia, el cálido lenguaje de nuestra mocedad o el claro y sereno de nuestra madurez.

¿Será sortilegio de la literatura esto que os digo, o realmente las cosas tienen un alma incrustada en su materia? ¿Tendrán un alma activa, capaz de darse al hombre o simplemente un alma pasiva que después de inspirarnos un fidedigno afecto lo reciben y lo atesoran en sus átomos por una eternidad? Sólo Dios y la ciencia conocen estos misterios: Dios que está en los secretos de cuanto existe y la ciencia que ha descubierto que la desintegración del átomo crea una fuerza tan prepotente que pudiera quizá acabar con el hombre y aniquilar el mundo. Pero esto no por culpa de las cosas sino del hombre que pone su ciencia al servicio de la destrucción. Porque las cosas son inocentes de todo mal.

Cuando una piedra nos daña por culpa de mano ajena, ¿qué sabemos del sufrimiento de la inculpada que nos hirió? ¿Qué sabemos del dolor de la lanza que lastimó al manso buey, que sin saberlo se apartó del surco? ¿Qué sabemos de la indignación y del odio de la espada que contra su voluntad mató al robusto toro que horas antes de morir gozaba en la dehesa de la vida que Dios le dio y los hombres le arrebatan para divertirse con su agonía?

¿Qué sabemos de las penas del látigo que fustigó la espalda del peón y el rostro del forzado? ¿Y cómo podríamos apreciar los estremecimientos de la vara que hace llorar a un niño porque pide un juguete o a un perro hambriento que se comió un men-drugo?

Quizá nunca penetraremos esos misterios, pero yo sí siento o presiento que las cosas padecen y se alegran como nosotros.

Yo creo en la dicha de los bosques inviolados; yo creo en la poética melancolía de la fontana escondida y en la pesadumbre silente del jardín abandonado. Yo creo en la desesperación de la tierra que tiene sed. Y estoy cierto de la opulenta ventura del agua que por doquier va cantando, entre caricias o risas, su himno a la salud, la energía, la riqueza y el optimismo.

Yo creo en el goce de las teclas del piano cuando las toca ex-

tasiado el pianista genial; y en la emoción rítmica de las cuerdas del arpa que vibran al contacto de unas manos femeninas de marfil con espíritu afelpado.

Yo comprendo el infinito dolor del árbol herido mortalmente por el hacha homicida, cuando se erguía enhiesta como un supremo gozador de la vida; y comprendo también la tragedia de los hierros que arrasaron el monte con sus tiernos retoños.

Porque hay cosas mártires que nacieron para aniquilar o hacer sufrir como hay cosas de feliz destino que viven como símbolos de euforia:

Oh, ¡sí! Yo creo en el destino fatal de las cosas como no creo en la buena o mala suerte del hombre como única causa de su destino; porque el porvenir del hombre depende de sus cualidades y sus defectos muy personales; y las cosas, o viven inadvertidas o son instrumento de los humanos que las llevan a su antojo por los caminos del bien o del mal.

Yo creo en la dicha del pincel que pintó la sonrisa imantada de la Gioconda y de los cinceles que esculpieron las alas de la Victoria de Samotracia que parecen simbolizar el ideal de la Belleza eterna; como creo también en la sensibilidad de las espinas que hicieron sangrar, sin querer, la frente del Señor del Huerto, y en el martirio de los clavos que se hundieron en las manos y en los pies de Jesús el divino; clavos mártires porque sintieron los postreros estremecimientos y recogieron el último suspiro de Cristo crucificado.

* * *

Si las cosas tienen un alma escondida entre sus átomos —y ¿quién puede demostrar que no la tengan?— yo creo que el alma de esta casa me recibe hoy como el templo acoge al feligrés que llega a arrodillarse a sus altares. Porque así vengo a ti, casona mía, con la unción amorosa del que ha hecho de tu recuerdo una musa y un culto.

Y por eso,

Casa solariega de mis mayores, yo te venero;

Nido donde mi alma fue, donde mi cuerpo fue, bendito seas;

Benditas tus piedras y tus maderas y tus hierros con los que te edificara el buen patriarca santificado en mi alma por ser padre de mi padre;

Benditas tus ventanas por donde entró la luz que bautizó mis ojos, desde entonces enamorados de la luz y del color;

Benditas tus puertas que me abrieron sus hojas como pétalos de flores para que sintiera el perfume de la vida;

Benditas tus baldosas que fueron las vías que caminaron los seres que me regalaron con el don maravilloso que es la vida;

Bendito el ancho zahuán de esta casona por donde salí a conocer y a amar la madre tierra, el padre sol y la hermana agua;

Bendito tu jardincillo porque era tu sonrisa y con esa tu sonrisa me recibió el mundo;

Bendito tu portal porque desde él, con mis ojos asombrados vi por primera vez pasar al pueblo que tanto amo;

Bendito tu aire, mansión venerada, porque a través de su diáfano cristal aprecié el amor a la belleza y la belleza del amor que han dominado y dominarán mi vida hasta mi último día...

Palabras dichas el 15 de mayo de 1946,

Atlacomulco, Méx.